

voto ; que el servir á Dios es cosa dura ; que hay muchos monstruos que vencer en este camino , que no se da paso en él sin sudor , y sin violencia. Esta jerigonza de moda , que es tan comun en el siglo que corre , desalienta á muchas almas tímidas ; mantiene á los disolutos en sus desórdenes ; es injuriosa al Soberano Dueño á quien todos servimos ; y es mas perniciosa de lo que comunmente se piensa. Un S. Pablo en el desierto ; un San Luis en el trono ; tantos millares de Santos y de Santas de todos estados y condiciones ; hablan de la devocion muy de otra manera , que los desenvueltos y que las mujeres del mundo. ¿ A quiénes habemos de creer ? Dices que tú nunca esperimentaste esa dulzura , ó á lo menos esa felicidad en la práctica de la virtud. Y dime , ¿ qué has hecho para merecerlo ? Está todavía ese paladar muy saboreado con el largo uso de los insípidos , de los insulsos placeres del mundo. Aun estás enfermo , ó por lo menos estás convalciente ; ¿ y ya quieres tomar gusto á las dulces alegrías del cielo ? Sirve á Dios con fervor y con perseverancia , le servirás con placer.

2 Ama y practica el recogimiento interior. Sin él toda devocion es superficial. Huye del tumulto , y de la disipacion de los sentidos : entrégate al retiro , que el aire del mundo es siempre contagioso á la salvacion : á lo menos nunca te espongas á él sino por el servicio de Dios ; y aun el mismo Dios nos obliga al recogimiento interior , como á un preservativo necesario. Da principio con la resolucion de evitar cuanto puedas los concursos grandes ; mortifica tu curiosidad en punto de novedades , de querer saber lo que pasa en el lugar. Esta corta mortificacion no es de poca consecuencia para lograr el recogimiento.

## DIA XVI.

### MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN MARCELO , papa y mártir , en Roma , en la via Salaria , que por confesar la fe católica , fué cruelmente azotado con manojos de varas por orden del tirano Majencio , y despues fué condenado á servir y guardar las bestias con guardas de vista , en cuyo ejercicio murió cubierto de cilicios. (*Véase su vida en las de este día.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS BERARDO , PEDRO , ACURSIO , ADIUTO , Y OTON , de la órden de Menores Observantes , en Marruecos , ciudad de Africa.

SAN HONORATO , obispo y confesor , en Arlés , cuya vida fué ilustre en doctrina y milagros. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN TICIANO , obispo y confesor , en Uderzo.

SAN MELAS, obispo, en Rinocolura, region de Egipto, el cual habiendo sufrido el destierro y otros varios tormentos por la fe católica en tiempo del emperador Valente, murió en paz.

SAN HONORATO, abad, en Fondi de Campania, de quien hace mencion S. Gregorio papa.

SAN FURSEO, confesor, en el monasterio de Perona.

SANTA PRISCILA, en Roma, que consagró su hacienda y su persona al servicio de los mártires

**SAN FULGENCIO, OBISPO PRIMERO DE ECIJA Y LUEGO DE CARTAGENA.**

SAN Fulgencio, uno de los prelados mas santos y sabios de la Iglesia, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en la de España, y con especialidad en la de Cartagena, que le venera por su patrono, nació al mundo por los años 556, dotado de todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los designios que le destinaba la Divina Providencia. Sus padres, Severiano, capitán ó prefecto de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena de España, originario de la real sangre de los Ostrogodos, y Teodora, de las nobilísimas familias de los Godos, mas recomendables por su religion y piedad, que por la distincion de su ascendencia, bien acreditada en los cuatro frutos de su propagacion, que lo fueron nuestro Santo, Leandro, Florentina, é Isidoro, á quien tributa culto la Iglesia, aplicaron su vigilante cuidado en la educacion cristiana de Fulgencio, fundando sus preceptos en el sólido principio del santo temor de Dios. Su bello natural é inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. La voluntaria aplicacion que manifestó desde su infancia á los estudios, dió motivo á sus padres á proporcionarle los mejores maestros para que cultivasen aquella noble planta, que ofrecia desde luego esperanzas muy ventajosas: y como se hallaba dotado de un ingenio vivo, sólido, claro y penetrante, naturalmente culto y despejado, de una elocuencia nada comun, y de una comprension eminente, instruido en las lenguas griega, hebrea, siríaca, itálica, gótica y latina, hizo por todos estos medios asombrosos progresos en las ciencias humanas y divinas; no menores en la importante de la salvacion, acreditándolo asi sus admirables escritos con que ilustró despues al mundo, ya esponiendo la doctrina revelada para la enseñanza de los fieles, ya suministrando en ellos instruccion capaz para rebatir y confutar á los enemigos de la religion.

Con la erudicion era igual su infatigable celo por la defensa de la fe católica, bien justificado en las repetidísimas ocasiones



S. FULGENCIO, O. Y C.

que se ofrecieron en su tiempo, en el que se dejaba ver en España, con el mayor dolor y sentimiento de los verdaderos fieles, la prosperidad de la herejía arriana, elevada hasta el trono regio, manchando alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra religion: tenaz en negar la consustancialidad del Hijo con el Padre Eterno. Sobre cuyo convencimiento trabajaron inmensamente los mas celosos Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente desde que tuvo origen tan execrable blasfemia en la boca del perverso Arrio, congregándose repetidas veces en concilios para sepultar á este monstruo infernal, que vulneró casi la mayor parte del cristianismo. Heria esta llaga mortal en tanto grado el corazon de Fulgencio, que sin embargo del poder y patrocinio de los partidarios de la impiedad, animado de aquel santo celo, que constituye el carácter de los varones apostólicos, se declaró por uno de los defensores mas acérrimos del dogma católico, logrando en las frecuentes disputas que tuvo con los Arrianos vencer, y confundir su error vergonzosamente. El respeto que como fiel vasallo profesaba á su soberano, viéndole manchado con el contagio de aquel veneno, no fué capaz á intimidar el valor de su espíritu para que desistiese en la defensa de la Divinidad de Jesucristo, por cuya gloriosa empresa padeció imponderables trabajos y penalidades en el destierro que sufrió de Sevilla por orden del Rey, sin permitirle otro menaje, que el pobre que vestia. Animando desde Cartagena, donde fué recluso en una miserable situacion, con palabras y escritos á todos los católicos para que defendiesen á costa de su sangre (si fuese necesario) la verdad infalible del artículo revelado en las Santas Escrituras; practicando estos oficios especialmente con su sobrino Hermenegildo en la justa guerra que mantenía contra su padre hereje por defensa de la religion católica, exhortándole en sus cartas, llenas de instruccion y celo, la preferencia de sus obligaciones para con Dios á las que debía en este caso á su progenitor carnal.

Sosegada la persecucion por muerte de Leovigildo, autor de tempestad tan deshecha, mudaron de semblante las cosas en España cuando recibió el gobierno del reino el Principe Recaredo, quien dió órdenes al momento para que se restituyesen á sus iglesias los Obispos y celosos varones católicos, desterrados de ellas por su padre, con cuyo motivo volvió á Sevilla Fulgencio; y fué inesplicable el gozo de aquella capital al ver á este ínclito defensor de la fe católica. Poco les duró su gozo, pues se le mandó volver á Cartagena, á fin de coadyuvar en el ministerio episcopal á Domingo, prelado de aquella iglesia, imposibilitado á

ejercer sus funciones por su avanzada edad y enfermedades habituales. En el desempeño del encargo se mantuvo ocho años con no menor elogio de justificacion, que de sabiduria, y consumado acierto; pero habiendo ocurrido por aquel tiempo ciertas reñidas controversias con Pegasio, Obispo de Eciija (llamada Astigi ó Astigia antiguamente), confiado Recaredo en la ciencia, y bien acreditada prudencia de Fulgencio, le envió á tranquilizar aquellas discordias: y conseguida la paz deseada, las resultas fueron crearle Obispo de aquella ciudad, la cual, aunque en el dia carece de prelado eclesiástico, le tuvo antiguamente, y aun despues del Santo, como fueron Albencio, Estéban, Teodulfo, Nasidardo y Arbidio, hasta quedar reducida en arcediano de la santa iglesia de Sevilla, originándose por su elevacion á aquella cátedra un nuevo realce á la religion católica, y formidables ruinas al arrianismo. No es fácil esplicar la vigilancia y celo con que se portó Fulgencio en el ministerio episcopal. En el desempeño de las obligaciones de la dignidad se dejó ver como padre y pastor tan amante de su grey, que á costa de incesantes fatigas no le faltó el surtido de pastos abundantes espirituales, sin omitir su estremada caridad el socorro de todas sus necesidades corporales.

Por causa de sus enfermedades habituales, nacidas de aquel temperamento, se tuvo por necesaria su traslacion á la cátedra de Cartagena, trasferida con motivo de la destruccion de esta ciudad, originada de las continuas guerras, á la de Murcia, en virtud de decreto del rey Gundemaro, segun escriben varios historiadores, donde permaneció por espacio de seis años, gobernando aquella diócesis con tanta prudencia, justificacion y apostólico celo, como lo acreditaron los efectos, no otros, que la reforma general del clero y del pueblo: la magnificencia del culto divino: el destierro de los abusos, de la relajacion y de los errores.

Como el blanco de todas las atenciones de Fulgencio era el que debe ser el de los prelados eclesiásticos constituidos en tan alto empleo, esto es, adquirir ciencia y sabiduria para instruir á su pueblo, y poder con ella rebatir las perversas doctrinas con que intentan pervertir á los fieles los enemigos de la religion, jamás perdió de vista tan saludable objeto; siempre se le vió ocupado en un estudio continuo á costa de penosas vigiliass, para no defraudar el tiempo necesario al cumplimiento de su ministerio; dejándonos por auténtico testimonio de su aplicacion varios admirables escritos llenos de aquella erudicion, y de aquella gracia que derrama el Espíritu Santo sobre los santos doctores de su Iglesia; como son, segun nos dicen autores nacionales, sus comentarios sobre el Pentateuco, libros de los Reyes, Isaías, doce

Profetas menores, Salmos y Evangelios: los tres libros vulgarmente llamados de mistologías; los cuales, aunque algunos atribuyen á S. Fulgencio de Ruspe en el Africa, por la crítica que forman los padres Bolandos sobre sus expresiones y contesto, debe estimarse del Cartaginense. Obra admirable, en que acredita el autor su sublime ingenio, su vasta erudición y profundidad; pues además de refutarse en ella las fábulas gentílicas, glosa las ideas de las paganas supersticiones segun el orden de las cosas criadas, acomodándolas á la mortalidad de nuestra vida. Debiendo notarse que el libro de la Encarnacion del Verbo, que otros estiman de nuestro Santo, es del de Ruspe, segun se infiere del cánón XIII del concilio II de Sevilla, donde se nombra por santo al autor de este escrito; en cuya asamblea asistió Fulgencio como Obispo de Ecija, autorizando los sabios decretos de aquel sínodo presidido por su hermano S. Isidoro.

En todas las dichas laudables fatigas, y otras no menos recomendables ocupó Fulgencio el tiempo de su vida, hasta que sintiendo debilitada su naturaleza, próxima por lo mismo á pagar el tributo de los mortales; rogó á S. Braulio, prelado de Zaragoza, y á Luro, ó Laureano obispo gaditano, sus carísimos amigos, que le asistiesen en la hora de su muerte, para la que se dispuso con tanto fervor, devoción y espíritu, que no pudieron los asistentes contener las lágrimas á vista del ejemplo de edificación que les dió en su dichoso tránsito. No nos consta con certeza el año fijo de su muerte; pero atendiendo á los hechos relativos á nuestro Santo, se puede computar por los de 630, poco mas ó menos.

Su cuerpo fué sepultado con toda magnificencia en la santa Iglesia de Cartagena; y trasladado despues á Sevilla, se colocó con dos de sus hermanos Leandro é Isidoro en la iglesia de Sta. Justa y Sta. Rufina, en el sepulcro erigido á este fin por S. Leandro. De este precioso tesoro gozó aquella capital hasta la irrupcion de los Arabes; en la que temerosos los fieles de que cayese en manos de los Bárbaros, trasportaron el cuerpo de nuestro Santo con el de Sta. Florentina á las montañas de Guadalupe, donde permanecieron incógnitos hasta el reinado de Alonso XI; y descubiertos por los años 1330, se condujeron á Berzocana, pueblo del obispado de Palencia, y de allí en el de 1593 se trasladaron parte de sus reliquias á la iglesia de Murcia, parte al real monasterio del Escorial, y á otras diferentes iglesias.

## SAN MARCELO; PAPA Y MÁRTIR.

SAN Marcelo, papa y mártir, cuya memoria celebra hoy la Santa Iglesia, nació en Roma hácia la mitad del tercer siglo. Como ya florecia en aquella ciudad la religion cristiana, á pesar de las persecuciones horribles de los emperadores paganos, tuvo Marcelo la felicidad de ser criado y educado en el seno de la santa Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico; y S. Marcelino, que ocupaba entonces la silla de S. Pedro, conociendo su extraordinario mérito, y su eminente virtud, le hizo presbítero de la Iglesia de Roma.

Por este tiempo, habiendo sido creados emperadores Diocleciano, y Maximiano, movieron aquella cruel persecucion contra los cristianos, que fué la novena desde el imperio de Neron, la que hizo derramar tanta sangre de mártires, y llenó de luto á toda la Iglesia. Habiendo sido coronado del martirio S. Marcelino el año de 304, vacó la Silla de S. Pedro cerca de tres años. El furor de la persecucion no dejaba libertad á los cristianos para juntarse, y para proceder á la eleccion de nuevo Papa; pero habiéndose mitigado un poco por la renuncia que hicieron del Imperio Diocleciano, y Maximiano, fué elegido Papa S. Marcelo, siendo el XXXI despues de S. Pedro, el año de 307.

Apenas se vió elevado á esta suprema dignidad, cuando se aplicó á restablecer la disciplina, que con las turbaciones precedentes, se habia, al parecer, alterado un poco, y se dedicó á reparar las pérdidas que podia haber padecido la Iglesia durante tan larga, y tan cruel persecucion.

Diocleciano y Maximiano habian renunciado el Imperio en favor de Galerio y de Constancio, padre del gran Constantino. Pero habiendo éste muerto en York, y hallándose á la sazón en Roma Majencio, hijo del viejo Maximiano, creyó que podia ser esta ocasion muy oportuna para hacerse emperador; y con efecto, tomó el titulo de tal. Como los cristianos eran ya poderosos en Roma, afectó hacerse cristiano para atraerlos á su partido, y para lisonjear al pueblo Romano. Con esto cesó la persecucion, y por algunos meses gozaron de paz los fieles.

Procuró S. Marcelo aprovechar este intervalo de tranquilidad para establecer algunas constituciones saludables, y para remediar algunos abusos, que se habian introducido.

Instituyó en Roma veinte y cinco titulos, ó parroquias, para bautizar á los que se convirtiesen á la fe, para recibir á peni-



S. MARCELO, P. Y. M.

tencia á los pecadores, y para sepultar con mayor decencia los cuerpos de los santos mártires, en que habia habido mucho descuido, y procuró con el mayor desvelo recoger las santas reliquias.

Ya S. Evaristo, sexto sucesor de S. Pedro, habia señalado á los presbíteros los barrios, ó los cuarteles de la ciudad, que habian de estar á su cargo. S. Higinio, cincuenta y cinco años despues habia aumentado el número, y S. Marcelo le determinó al número fijo de veinte y cinco parroquias. Administrábanse en ellas los Sacramentos; distribuíase á los fieles la palabra de Dios, y se celebraban los divinos misterios. Desde entonces se comenzó á llamar presbítero cardenal al presbítero principal que tenia á su cargo las parroquias, como que era el quicio sobre el cual se movia el cuidado espiritual de la parroquia: y esto es lo que hoy dia significa el título de estas iglesias, que tiene cada Cardenal.

El celo de la disciplina eclesiástica irritó los ánimos, y ocasionó al santo Pontífice crecidas mortificaciones. La mayor parte de los que habian flaqueado en la última persecucion querian ser reconciliados con la Iglesia, casi sin recibir ninguna penitencia. Muchos de los que por su ministerio debian reconciliarlos, les concedian la absolucion con demasiada facilidad, y acusaban el rigor del Santo como importuno y escesivo. Esta diversidad de pareceres causó inquietud y division. Y Majencio, que despues de la victoria conseguida contra Severo, ya no contemplaba á los cristianos, tomó de aquí ocasion para renovar la persecucion contra la Iglesia.

Mandó venir delante de sí á S. Marcelo, y quiso obligarle á renunciar la fe, y á sacrificar á los ídolos. La resolucion y la constancia del santo Pontífice le asombraron. En vista de lo que empleó Majencio todos los artificios que pudo para derribarle: dulzura, severidad, promesas, amenazas, suplicios; pero todo fué inútil. Hizole despedazar con éruels azotes; y por una especie de refinada crueldad le condenó á servir en las caballerizas públicas, pareciéndole que para un Sumo Pontífice de los cristianos no seria la muerte suplicio tan duro, como obligarle á pasar sus dias en un ejercicio tan penoso, y tan despreciable.

Pero el Santo Papa nunca pareció tan grande como cuando se vió hecho mozo de caballos por amor de Jesucristo. Privado de todo socorro humano en un lugar tan indigno; peor alimentado que las mismas bestias de carga que tenia á su cuidado, cubierto de unos asquerosos andrajos, y reducido á dormir sobre la des-

nuda tierra, cien veces al dia daba gracias al Señor por la merced que le hacia, teniéndose por dichoso en imitar de alguna manera su pasion y sus desprecios.

Los fieles concurrían de todas partes para admirar á su santo Pastor, y él los animaba con sus discursos, los cautivaba con su dulzura, y los instruía con sus palabras y con sus ejemplos.

Nueve meses habia vivido S. Marcelo en aquel estado tan indigno de su persona, cuando los principales del Clero Romano hallaron medio de libertarle. Sacáronle una noche, y le condujeron á casa de una santa viuda, llamada Lucina, que habiendo sido ejemplo de señoras cristianas en quince años, que vivió con su marido, habia diez y nueve que era modelo de todas las virtudes en el estado de viuda.

Recibió Lucina en su casa al santo Pontífice con una suma alegría; y como los fieles de todas partes concurriesen secretamente á ella, suplicó á S. Marcelo, que la consagrara en iglesia. Dióla el Santo este gusto, y despues se llamó S. Marcelo, y hoy es título de Cardenal.

Apenas fué consagrada esta nueva iglesia, cuando los cristianos acudían á ella en tropas todos los dias. El santo Pontífice celebraba los divinos misterios, repartía á los fieles la palabra de Dios, y pasaba las noches en oracion y en vigiliass. No duró mucho esta calma, porque se escitó luego una nueva tormenta que todo lo puso en confusion, y causó grandes estragos.

Noticioso Majencio de lo que pasaba, entró en una furiosa colera contra los cristianos. Dudó por algun breve rato si quitaría la vida á S. Marcelo; pero juzgó que seria mas riguroso castigo para los cristianos el convertir esta nueva iglesia en nuevas caballerizas públicas, y el condenar al santo Pontífice á que pasase sus dias en la última miseria, cuidando de las bestias mas viles; lo que al instante se puso en ejecucion.

La honra de padecer por amor de Jesucristo colmaba á san Marcelo de alegría; pero el dolor de ver profanado aquel sagrado lugar le servia de intolerable suplicio. Mas era menester sufrir este tormento; y todo su consuelo era regar con sus fervorosas lágrimas un lugar, que quisiera poder purificar con la efusion de su sangre.

Aunque el santo Pastor estaba tan maltratado, no por eso olvidaba á sus ovejas. Tiénese por cierto que en este mismo tiempo, y en medio de sus trabajos, escribió dos Epístolas, una dirigida á los obispos de la provincia de Antioquia, exhortándolos á conservar con cuidado y con fidelidad el depósito de la

fe, que habian recibido de S. Pedro y de los otros Apóstoles, no sufriendo jamás que alguna doctrina estraña se mezclase, ni se entremetiese en alterar su pureza. La otra Epístola se dirigia al tirano Majencio, á quien representa el daño que hace á su alma en perseguir la religion cristiana, que habia dado muestras de abrazar, y le exhorta á abrir los ojos á la verdad, renunciando el culto de los ídolos.

Poco tiempo despues, consumido de trabajos y de miserias nuestro Santo por amor de Jesucristo, acabó su martirio hácia el fin del año de 309. Hallóse su cuerpo cubierto de un silicio, y retirándole de aquel lugar inmundo, fué enterrado en el cementerio de Priscila, donde se conservó hasta el tiempo de S. Martin Papa, en el que parte de sus reliquias fueron trasladadas á Flandes, y colocadas en el monasterio de Haumont, cerca de Maubeuge; otra parte en Cluni; y las restantes se conservan el dia de hoy en Roma en la iglesia de S. Marcelo.

#### SAN HONORATO, ARZOBISPO DE ARLÉS.

ERA de familia consular romana, establecida entonces en la Galia; y muy versado en las artes liberales. En su juventud detestó el culto de los ídolos, y ganó para Cristo á su hermano mayor Venancio, que tambien fué inspirado de un gran menosprecio del mundo. Ambos deseaban renunciar de él enteramente, pero su padre, acérrimo pagano, les ponía continuos obstáculos á esta resolucion: al fin tomaron por su director á S. Caprés, santo ermitaño, y se hicieron á la vela en Marsella para la Grecia, con la idea de vivir en ella desconocidos en alguno de sus desiertos. Venancio murió muy presto dichosamente en Metona: y Honorato, cayendo tambien enfermo, se vió obligado á retroceder con su conductor. Primeramente pasó una vida eremítica en unas montañas próximas á Frejo. Dos pequeñas islas hay en el mar cerca de aquellas costas: una mas grande, y mas próxima al continente, llamada Lero, y ahora Santa Margarita; y otra mas pequeña, y mas remota, dos leguas de las Antibas, llamada Lerins, al presente de S. Honorio ú Honorato, del nombre de nuestro Santo, donde se estableció, y seguido de otros fundó el famoso monasterio de Lerins hácia el año de 400. A unos les destinó á vivir en comunidad, y á otros, que parecian mas perfectos, en separadas celdas como anacoretas. Su regla fué deducida principalmente de la de san Pacomio. No puede hacerse descripcion mas preciosa que la que S. Hilario hizo de las virtudes escelentes de esta compañía

de Santos, especialmente de la caridad, concordia, humildad, compuncion y devocion que reinaban entre ellos bajo la direccion de nuestro santo abad. Este por mandato superior fué consagrado arzobispo de Arlés en el año de 426, y murió exhausto con sus austeridades, y trabajo apostólico en el de 429. El estilo de sus epístolas era claro y afectuoso; fueron eseritas con admirable delicadeza, elegancia y dulzura, como nos asegura S. Hilario: y es digna de lamentarse la pérdida de estos preciosos monumentos. Su tumba se muestra vacía bajo del altar mayor de la iglesia de su nombre en Arlés, habiendo sido trasladado su cuerpo á Lerins en el año de 1391, donde la mayor parte se conserva. Es digno de verse su panegirico escrito por su discípulo, hombre sabio y sucesor suyo S. Hilario de Arlés, pieza de las mas finas y acabadas que se hallan en su especie. (Ribet. *Hist. lit. t. 2. p. 156.*)

*La Misa es en honor de S. Marcelo, y la oracion es la que se sigue:*

Suplicámoste, Señor, que os bienaventurado pontífice Mar-  
digneis de oír misericordiosa- celo, vuestro mártir, de cuya  
mente las oraciones de vuestro pasion nos alegramos. Por nues-  
pueblo, para que seamos ayu- tro Señor Jesucristo, etc.  
dados por los merecimientos del

*La Epístola es de la segunda á los Corinthios del apóstol S. Pablo en el capítulo 1.*

Hermanos: Bendito sea, Dios Señor: ya seamos atribulados  
Padre de nuestro Señor Jesu- por vuestra exhortacion y sa-  
cristo: Padre de las misericor- lud; ya consolados por vuestra  
dias, y Dios de toda consola- exhortacion y salvacion, en to-  
cion, que nos consuela en todas do solicitamos daros ejemplo de  
nuestras tribulaciones: para que tolerancia en las mismas pasio-  
nosotros podámos consolar á nes, que padecemos: para que  
aquellos que se hallan en igua- con vuestro sufrimiento viva  
les aflicciones, con la misma nuestra esperanza mas segura  
exhortacion que lo somos por por vosotros: sabiendo, que  
Dios. Porque así como abundan así como sois socios en el pa-  
en nosotros las pasiones de Cris- decer, lo seais en la consola-  
to, del mismo modo superabun- cion en nuestro Señor Jesu-  
da nuestra consolacion por este cristo.

## REFLEXIONES.

El Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo es nuestro Padre. ¡Y con todo eso hay hombres miserables entre los cristianos! Esta parece paradoja, y con efecto lo es. Hay miserias, hay trabajos, hay adversidades en la tierra, es verdad: las cruces, las espinas nacen, digámoslo así, debajo de nuestros pies: vivimos en la region de las lágrimas. Pero si el Dios de todo consuelo se obliga á consolarnos en todas las tribulaciones de la vida; ¿quién puede tener lástima de nosotros? ¿Ignorará por ventura el modo de consolarnos? ¿Faltarále el poder? ¿ó se podrá rezelar, que se olvide de su palabra? A los ojos de tal Padre, ¿qué cosa nos puede faltar, ni de qué tenemos que temer? ¿Puede un cristiano no vivir consolado en sus trabajos? Las dulzuras espirituales inundan á torrentes las almas de los fieles; pero es menester ser verdaderamente fieles para gustar estas dulzuras.

Fué infeliz, fué desgraciado el hijo pródigo, es verdad; pero lo fué cuando estaba fuera de la casa de su padre. Perecía de hambre; pero era cuando se hallaba en pais extraño. Vióse reducido á la última miseria; pero fué despues de haberse abandonado á los mayores desórdenes. Vuelve de sus desvarios, y al instante olvida sus miserias. No puede ser miserable el que tiene por padre al Dios de toda consolacion; pero es menester no degenerar; es menester vivir como hijo de tal Padre; es menester que un Padre tan bueno nos reconozca por sus hijos.

Cuanta mas parte tuviéremos en la pasion de Jesucristo, dice el Apóstol, mas parte tendrémós en los consuelos que nos vendrán por el mismo Jesucristo. Muchos quieren seguir al Salvador sin tener parte en sus tormentos: ¿pues qué mucho, que no la tengan en sus consuelos? Para tener parte en los dolores de Jesucristo es menester que Jesucristo los tenga en los nuestros; quiero decir, es menester sufrirlos segun el espíritu y por amor de Jesucristo. Los dichosos del siglo no son objetos de envidia á los que tienen fe. El mismo padecer sin consuelo es gran dulzura, cuando se padece para satisfacer á la divina Justicia por tanto número de pecados, y por imitar y seguir á Jesucristo que tanto padeció por nosotros. Una alma justa en su misma confianza y en su mismo amor de Dios encuentra un fondo de dulzura y de consuelo que jamás se agota.

*El Evangelio es del capítulo 16 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discipulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí, la

ganará. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde el alma? ¿ó qué equivalente dará por ella el hombre? Sabed: que el Hijo del Hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces remunerará á cada uno segun sus obras.

## MEDITACION.

*De la importancia de la salvacion eterna.*

PUNTO PRIMERO. — Considera si tienes algun otro negocio de mayor importancia, si le tienes de tanta consecuencia, ó si puedes tener jamás negocio que te interese tanto como el de tu salvacion.

No se trata ahora de perder, ó ganar un pleito en que se atravesie toda tu hacienda. Tampoco se trata de ser, ó no ser feliz por toda la vida. A la verdad este seria un punto de grande interés para tí; pero no seria de una gran consecuencia infinita. Ser en todo desgraciado, padecer trabajos hasta la muerte, en realidad no seria poca desdicha; pero al cabo podria tener algun remedio. Mas ahora se trata de una felicidad, ó de una infelicidad eterna. Trátase de poseer á Dios eternamente en la dichosa estancia de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin remedio á las llamas eternas. De esto se trata cuando se habla del gran negocio de la salvacion. Pregunta: ¿es de alguna consecuencia, y merece nuestra aplicacion este importante negocio?

Al fin el hombre muere. ¡Ah! ¿y de qué le servirá en la hora de la muerte haber sido rico, poderoso y feliz segun la idea de los hombres del mundo? El hombre muere; y con la muerte todo esto se pierde, todo se deja. La vida mas feliz, y mas larga en aquella hora parece un sueño. El hombre muere; y en la muerte nobleza, dignidades, honores, todo desaparece; todos son títulos vanos. ¿Y qué comenaré yo á ser despues de la